

8 de agosto de 2026
VIDAS DE SANTOS

“Fiel hasta la muerte: El beato John Felton, mártir”

El santo que conoceremos hoy —y no me refiero a Santo Domingo de Guzmán— nos traslada a Inglaterra en una época de grandes tensiones políticas. Bajo el reinado de Enrique VIII comenzó un período particularmente difícil para los católicos que querían permanecer fieles a su fe.

Enrique VIII había subido al trono de su padre en 1509, a la edad de 17 años. Al principio, sus súbditos estaban entusiasmados, ya que el joven rey parecía destacar positivamente en comparación con su padre. Sin embargo, con el paso de los años, fue instaurando un régimen opresivo. Luego se produjo la fatal ruptura con la Iglesia Católica. El rey quería separarse de su esposa, Catalina de Aragón, que no le había dado un heredero al trono, y anular su matrimonio para desposarse con otra mujer. Pero el papa no dio su consentimiento a tal pretensión. Su pasión por aquella mujer, Ana Bolena, era tan grande que optó por la ruptura con Roma. En 1543, Enrique y Ana Bolena fueron excomulgados por el Papa. Ese mismo año, Enrique se autoproclamó «jefe supremo en la tierra de la Iglesia de Inglaterra». Así nació el anglicanismo.

Para nosotros, como católicos, es lamentable constatar que casi todos los obispos de Inglaterra —salvo contadas excepciones— siguieran al rey en esta ruptura con Roma.

Así surgió un régimen de terror cada vez más intenso que infligió un profundo sufrimiento. La Inglaterra católica se vio obligada a esconderse y estaba expuesta a una amenaza constante. En 1547, el rey Enrique VIII falleció sin haberse reconciliado con la Iglesia.

En 1558, cuando Isabel I —la hija que nació de la unión entre Enrique VIII y Ana Bolena— asumió el poder e impulsó cada vez más la reforma religiosa, interfiriendo de forma violenta en los derechos de la Iglesia, el Papa se vio obligado a intervenir. Cuando llegó a Roma la noticia de la masacre que Isabel había ordenado perpetrar contra católicos inocentes en el norte de Inglaterra, el Papa publicó en 1570 la bula en la que se decretaba la excomunión y la destitución de la reina.

Aunque Inglaterra estaba estrictamente aislada de cualquier contacto con el mundo católico, la bula logró llegar hasta allí. La madrugada del 25 de mayo de 1570, los habitantes de Londres la encontraron colgada en la puerta del palacio episcopal. Tras una exhaustiva investigación, se encontró un ejemplar de la bula en poder de un estudiante de Derecho, cuyos miembros habían conservado el antiguo espíritu católico durante mucho tiempo. Bajo tortura, uno de los estudiantes confesó que la había recibido de un tal maestro John Felton.

Ese John Felton, un distinguido noble de Southwark, era un ferviente defensor de la fe de sus antepasados. Había considerado su deber dar a conocer la bula a sus compatriotas para cumplir así la voluntad del Papa. El arresto que sufrió inmediatamente no le hizo perder la calma ni un instante. Se había movilizado todo un ejército contra una sola persona. El alcalde, el presidente del Tribunal Superior y los dos sheriffs de Londres, acompañados de quinientos alabarderos, rodearon la casa de Felton. En cuanto vio a sus perseguidores por la ventana, bajó, abrió la puerta, les dio la bienvenida y les hizo entender que intuía perfectamente por qué habían ido hasta allí. Felton confesó de inmediato y sin rodeos que, durante la noche, había colgado la bula papal en la puerta del palacio episcopal, que por entonces ya era anglicano.

El proceso judicial contra el beato John Felton fue muy sencillo. Había firmado todos y cada uno de los puntos contenidos en la bula papal y había declarado que «a Isabel no le corresponden el título, el honor ni la corona de una reina y que no debería ser en absoluto reina de Inglaterra». No se podía esperar una confesión más clara, aunque, cuando se le preguntó si, en consecuencia, se declaraba culpable de alta traición, Felton respondió lógicamente que era inocente, ya que ya no reconocía como su reina a Isabel, a quien el papa había destronado. Ni siquiera las repetidas torturas lograron que delatara a sus cómplices. La sentencia no dejaba lugar a dudas: arrastre, horca, la habitual mutilación bárbara y descuartizamiento.

La mañana del 8 de agosto, el día en que debía ejecutarse la sentencia, tres predicadores anglicanos acudieron a la prisión para visitar a Felton con la intención de hacerle vacilar en su fe mediante su poder de persuasión. Sin embargo, el beato rechazó con firmeza —o, como dice el informe del Gobierno, «con gran arrogancia»— todos los intentos de convertirlo. A todas las argucias respondió con determinación que sabía lo que había hecho y que se aferraba a la antigua fe católica que el Santo Padre, el Papa, defendía desde hacía mucho tiempo. «Quien adopte otra fe o sostenga otra doctrina, que sepa que es mala y errada».

De rodillas, recitó el salmo del «Miserere» tras la promulgación de la sentencia real. A continuación, subió por la escalera. Al contemplar la puerta en la que había colocado la bula de Pío V —el lugar de ejecución era el cementerio aledaño—, dijo: «Sí, allí estuvo colgada la sentencia del Papa contra la supuesta reina; y ahora estoy dispuesto a morir por la fe católica».

Nos encontramos hoy con un beato que supo defender con firmeza la fe católica en tiempos de persecución. Esto es, de hecho, lo que observamos a menudo en los mártires a lo largo de la historia. La fe es más importante que la vida. La verdad prevalece sobre la mentira y el engaño.

¡Qué triste situación se vivió entonces en Inglaterra, cuando un rey se impuso como jefe de la Iglesia y la mayoría de los obispos no opusieron resistencia!

Ahora bien, los santos no solo son nuestros modelos a seguir. Son nuestros hermanos y hermanas en el cielo que ya han alcanzado la perfección. Por eso, en estos tiempos de creciente confusión, rogamos al beato John Felton que interceda para que podamos permanecer fieles a la fe católica, ¡aunque nos cueste la vida!

Meditación sobre el evangelio del día: <https://es.elijamission.net/actuar-en-la-fe-2/>